

ANTONIO
GARRIGUES
WALKER

Sobrevivir
para contarla

Una mirada personal
a la pandemia y
al mundo que nos deja

Con la colaboración de
ANTONIO GARCÍA MALDONADO

DEUSTO

Sobrevivir para contarla

Una mirada personal a la pandemia
y al mundo que nos deja

ANTONIO GARRIGUES WALKER

Con la colaboración de Antonio García Maldonado



EDICIONES DEUSTO

© Antonio Garrigues Walker, 2020
© Antonio García Maldonado, 2020

© Centro de Libros PAFP, SLU.
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.
Grupo Planeta
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3193-9
Depósito legal: B. 17.736-2020
Primera edición: noviembre de 2020
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo.....	7
Introducción.....	9
1. Nuestra realidad olvidada de sujetos biológicos ..	15
2. El regreso a la Historia de los seres históricos....	25
3. Somos seres sociales.....	37
4. Una radiografía del estado del mundo	49
5. ¿Un ensayo general contra el cambio climático?..	61
6. Democracia y autocracia en la sociedad del riesgo	73
7. Comentarios sobre la Nueva Guerra Fría.....	83
8. Europa como potencia geopolítica, moral y ecológica	93
Epílogo.....	105

Capítulo 1

**Nuestra realidad olvidada
de sujetos biológicos**

El hombre olvida que es un muerto que conversa con muertos.

JORGE LUIS BORGES

Quien huye de la muerte huye también de la vida. Todos conocemos a algún amigo o familiar cercano presa de un carácter hipocondríaco. Y difícilmente vemos a un hipocondríaco disfrutar plenamente de esa vida que, en teoría, tanto valora que teme estar siempre poseído de alguna enfermedad que busca arrebatarla. Yo no soy hipocondríaco, pero eso no significa que no tema la muerte, ni que no quiera seguir aquí cuanto más tiempo, y en buenas condiciones, mejor. Frente a los consuelos de las religiones, que hablan de una vida más allá de ésta, y de la ciencia más heterodoxa, que menciona la posibilidad de descargar nuestra mente en dispositivos sin caducidad, yo respondo lo que suele decir Woody Allen —él sí, un hipocondríaco—: el problema es que yo quiero seguir viviendo en mi apartamento de Manhattan (en mi caso, en Madrid). Pero, precisamente porque forma parte de la vida, la muerte, la for-

ma en la que la entrevemos y en la que, finalmente, nos llega, tiene un significado vital tan importante. Por eso nos parece cruel la muerte de un niño, y por lo mismo nos rebelamos contra una enfermedad mortal temprana, en un cuerpo llamado aún a disfrutar muchas experiencias importantes o conseguir grandes logros. Esto es, hay una narrativa biográfica, un relato de nuestras vidas en el que no cualquier muerte encaja.

Pero no es sólo una cuestión de edad, de momento biológico, digamos, justo o esperado en función de la esperanza de vida de un momento histórico, sino de la propia naturaleza del fallecimiento. De ahí que sean también abrumadoras las muertes de personas mayores, incluso muy mayores, de forma extraña o con mucho sufrimiento. Pongamos el caso del matemático y Premio Nobel John Nash, que durante toda su vida había luchado ferozmente por convivir con una enfermedad mental muy limitante —y cuya vida dura y encomiable retrató la película *Una mente maravillosa* (2001)— y que terminó muriendo en un accidente de tráfico en 2015 a los 87 años. Otra víctima de la carretera, y también Nobel, Albert Camus, decía que sólo temía a una «muerte absurda», como la que tuvo. Un final así rompe una secuencia construida por uno mismo y, orteguianamente, por sus circunstancias, y no incomoda tanto que nos provoque un rechazo de la idea de la muerte como la arbitrariedad de un final que no respeta ningún plan, ningún propósito, ninguna trayectoria. Que no tiene, en definitiva, piedad ni sentido ninguno. De la muerte, en definitiva, más que el *qué*, nos perturba el *cuándo* —el momento biográfico, porque no es lo mismo morir joven que anciano—, pero también el *cómo* —y aquí da igual la edad que tengas.

Por eso, aunque sin mala intención, resultaron tan poco

humanas algunas declaraciones iniciales que pretendían calmar a la opinión pública durante los estadios iniciales de la epidemia, cuando leíamos informaciones alarmantes que nos llegaban desde China sobre un nuevo tipo de neumonía atípica. Se nos explicaba que el coronavirus «sólo» afectaba a personas mayores o con patologías previas. Una explicación ante la que la pregunta era obligada: ¿qué les decimos a las personas mayores o con patologías previas? ¿Acaso es que no siguen siendo parte de la comunidad? ¿Es que su relato biográfico, donde el *cómo* de la muerte sigue siendo clave, ya no debe importarnos? Y es que una mala muerte puede trastocar una buena vida, y eso lo hemos visto durante la pandemia con tantos fallecimientos (y enterramientos) en soledad en las residencias de mayores, y no sólo en ellas. Ante una soledad final tan cruda y en muchos casos hostil, ¿cómo oponer el relato previo de una vida fecunda como consuelo ante una muerte cruel? No lo había, porque el *cómo* era y es tan importante como el *cuándo* en la hora final. Y eso es lo que no se comprendió durante el comienzo de la pandemia.

El ser humano ha progresado mucho moralmente en estos siglos, y no somos una manada de ñus cruzando un río lleno de cocodrilos en el que varios se quedan atrás, en las fauces del depredador, y los demás salen corriendo a ponerse a resguardo. No lo somos, pero el razonamiento con intención sedante de que el coronavirus sólo afectaba a personas mayores o a personas con patologías previas era más propio del cocodrilo hambriento —en defensa legítima de sus intereses— que de un *Homo sapiens sapiens* del año 2020 en democracias occidentales bienestaristas que habían pasado por el cristianismo, el Renacimiento y la Ilustración. Hay una es-

cena memorable en *El Padrino III* de Francis Ford Coppola (1990) en la que el cardenal Lamberto, interpretado por Raf Vallone, coge una piedra de un pequeño estanque, la parte con un leve golpe y le dice a un contrito Michael Corleone —a quien le pesan sus horribles pecados— en confesión: «Observe esta piedra. Ha estado en el agua durante muchísimo tiempo. Sin embargo, el agua no le ha penetrado. Está completamente seca. Lo mismo les ha ocurrido a los hombres en Europa. Durante siglos han estado rodeados por el cristianismo, pero Cristo no les ha penetrado. Cristo no vive en ellos». Sé que hablo de una minoría y, además, en un momento especialmente dramático en el que cualquiera se agarra al clavo ardiendo que más cerca se le aparece para consolarse. Hemos progresado mucho moralmente, pero dicho razonamiento tenía algo de representación de los peores excesos de una forma de mirar el mundo, excesivamente centrada en la productividad, que ensalza valores como la juventud, la belleza o la innovación permanente, y que ha estado demasiado tiempo entre nosotros, hasta el punto de latir de fondo en muchos de los males que nos aquejaban ya antes de la irrupción de la pandemia. Ese momento, que conoce su era dorada tras la Guerra Fría y que comienza a declinar definitivamente con la crisis de 2008, es ya historia y de nada sirve intentar revivirlo. Pero ese discurso sí había penetrado en la sociedad en las últimas décadas hasta hoy, y el coronavirus lo reveló dramáticamente en aquellos primeros compases en los que el virus parecía menos grave si «sólo» afectaba a los que, por una u otra razón, ya estaban *caducados* o *defectuosos*: un darwinismo tecnológico-social que conviene identificar, denunciar y rectificar. He ahí una parte importante del cambio de época.

No quisiera que se entendiera esta reflexión como un comentario interesado por parte de alguien nacido en 1934, porque no se trata de ningún corporativismo biográfico. Ni como una reivindicación de las asambleas de los ancianos de otras culturas. Si así lo fuera, mi razonamiento no incluiría a aquellos con patologías previas. Mi preocupación tiene que ver con lo que identifiqué en el ensayo anterior como una de las fallas de nuestro tiempo, con un cortocircuito en nuestra relación con el tiempo, con el relato de nuestra vida, tanto colectiva como individual. En el *Manual para vivir en la era de la incertidumbre* me refería a ese necesario *continuum* histórico que parecía perdido, ahogado en un presente demasiado denso, en un hiperpresentismo saturado de estímulos efímeros que no dejaban ver con claridad el momento ni el futuro, y de ahí la búsqueda de un pasado idealizado que utilizamos como abrevadero de seguridades. La pandemia ha venido a completar aquel diagnóstico en el plano individual para aquellos que veían cómo su vida y la de tantos se daban de bruces con una infección causada por un virus nuevo, desconocido para la ciencia, y para el que no había tratamientos eficaces ni, en muchos casos, una cama en un hospital o un respirador. Y eso ocurrió con muchas personas que vivían en residencias de mayores, que ya de por sí es un lugar donde el final de la vida se tiene de alguna manera presente y asumido. Y la COVID-19 rompió esa secuencia, o amenazaba con hacerlo. Como si hubiéramos dejado niquelado un apartamento y una fatalidad nos lo desbaratara antes de entregar la llave al nuevo inquilino. Una fatalidad también dura para las personas de más edad. O, más bien, precisamente en ellas.

En estos meses, en no pocas ocasiones he pensado que no era lo mismo enfermar durante la parte ascendente de la curva, con el número de muertos e ingresados subiendo, que en la de bajada. Precisamente por el valor de este *continuum* vital que podemos llamar relato biográfico. Enfermar durante la subida, e incluso temer por la muerte, implicaba no saber qué suerte podía llegar a correr no ya uno, sino sus descendientes y seres más queridos, su propia obra general, su legado familiar y profesional. Era una afrenta de incerteza total, una negación de cualquier mínimo consuelo, de toda lógica vital, de todos los impulsos vitales previos. Un desengaño atroz para el que nadie puede estar preparado. Todos los abogados con cierta experiencia nos hemos sorprendido del interés que algún enfermo terminal o alguna persona muy mayor ponía en dejar los papeles en orden, ya fuera la herencia o una simple declaración de la renta, antes de irse. Pero, si bien se piensa, no tiene nada de extraño cuando uno está conectado con ese relato biográfico y entiende la vida como un camino en el que la libertad individual se ejerce siempre en un entorno, con unos afanes, horizontes y seres queridos que nos trascienden y con quienes sentimos un compromiso en el tiempo, primero hacia el pasado cuando somos más jóvenes y vivimos con nuestros mayores, y después hacia el futuro, cuando somos nosotros quienes alumbramos a quienes lo habitarán.

No es un asunto menor. Desde que el ser humano es parecido a lo que es hoy, nos hemos contado historias y nos hemos construido como individuos y como comunidades a través de historias. Los relatos están con nosotros desde el inicio de los tiempos, nos han acompañado en todas las eta-

pas y civilizaciones. Antes lo hicieron alrededor de una sencilla hoguera, cuando éramos nómadas cazadores-recolectores con utensilios básicos hechos con piedras, después tras la revolución neolítica, y ahora con todo nuestro aparataje tecnológico, con teléfonos inteligentes y tabletas. La narración ha podido cambiar en formatos y soportes —y ni siquiera tanto, porque han tendido a complementarse, no a sustituirse—, pero su alma y su necesidad profunda han permanecido inalteradas. Y sin respeto a esa secuencia, a ese relato biográfico, la vida palidece, aunque sea en sus años finales. O, quizá, sobre todo si esa ruptura se produce en los últimos momentos, antes de pasar el testigo. He titulado este ensayo con un guiño al nombre de las memorias del escritor colombiano Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*, por una razón que queda clara de forma inmediata cuando se lee que he pasado en primera persona la infección por coronavirus. Pero la razón de más peso tiene que ver con las reflexiones de este primer capítulo, que entroncan con una frase que el maravilloso narrador de *Cien años de soledad* pone en la mente de un personaje ante un final abrupto e inesperado: «No sintió miedo, ni nostalgia, sino una rabia intestinal ante la idea de que aquella muerte artificiosa no le permitiría conocer el final de tantas cosas que dejaba sin terminar».

He tenido la suerte de sobrevivir. En primer lugar, y como ser biológico, sin otra razón que ésa y obedeciendo a un instinto primario de conservación. Visto lo visto, no es poco a mi edad, por bien que yo me encontrara antes de enfermar. Después, como ser narrativo, con necesidad de ese *continuum* histórico y personal, para contarla. Y ésa es la primera conclusión, la primera lección obligada de esta enfermedad y de sus

consecuencias personales y colectivas: no se trata tanto de cuándo muramos, y mucho menos de que sencillamente muramos —como cree parte de la mencionada ciencia más heterodoxa—, sino de cómo y cuándo lo hacemos, sin importar la edad, ni las patologías previas, ni el país, ni la renta. Por eso, esta pandemia nos habla de la dignidad que todo ser humano atesora y que debemos defender sin otra condición que la de ser y estar aquí y ahora. A partir de ahí, viene todo lo demás. En una obra con el contundente y escueto título de *Dignidad* (2019), el filósofo Javier Gomá la define como «lo que estorba y lo que resiste a todo, incluido el interés general y el bien común» o como «la ley del más débil».

No obstante, y más allá de la falla coyuntural que denuncia este primer capítulo de un libro que ofrecerá una visión optimista y esperanzadora de nuestro futuro inmediato, es necesario celebrar la enorme diferencia entre esta pandemia y algunas previas en el tiempo histórico. No sólo por el conocimiento científico, los tratamientos y la red de protección social con la que la hemos encarado ahora frente a la indefensión total clínica y colectiva de antes, sino por el vigor moral con el que se ha afrontado pese a este primer reproche. Hay ejemplos realmente emocionantes que irán apareciendo en estas páginas. De esas epidemias previas y de la diferencia con la actual nos ocuparemos en el siguiente capítulo, sin olvidar, de nuevo con Gomá, que vivimos en una «revolución moral permanente» y que «el asco ante la indignidad indica a la humanidad el camino del progreso». Como dice el autor británico C. S. Lewis, inolvidable por el directo y emotivo ensayo sobre el duelo *Una pena en observación*, la dignidad «no tiene valor de supervivencia; más bien es una de esas cosas que le dan valor a la supervivencia».